

— Entonces, ¿ qué?... preguntaron con gran curiosidad algunos.

— Haced que venga ese joven, dijo bruscamente el capitán al criado.

— Perdonad, contestó éste; pero el señorito no recibe a nadie...

El rostro del marino se descompuso, y los músculos de su cara se movieron imitando el movimiento de las olas.

— ¿ Por quién me tomáis á mi? ¿ Creéis que soy un cualquiera, bribón? exclamó el capitán adelantándose hacia el criado como si tratase de cogerlo por el cuello.

El criado se acordó de la entrada del capitán Herbel en casa de su hijo, y no teniendo razón ninguna para creer que el capitán Monte-Haubán tuviese mejor carácter que su compadre, suplicó políticamente á los curiosos que se marchasen, á fin de que el capitán pudiera satisfacer el vehemente deseo que tenia de hablar con su amo.

Con gran pesar suyo los curiosos desocuparon el taller. Hubieran querido disfrutar de la alegría que el capitán iba á experimentar al estrechar en sus brazos al hijo de su antiguo amigo.

Cuando el criado quedó completamente solo con el capitán:

— ¿ Á quién anuncio, caballero? le preguntó.

— Anunciad á uno de los héroes de *la Bella Teresa*, dijo el capitán estirándose.

El criado entró en el cuarto de Petrus.

## CAPÍTULO XII.

### UN PADRINO DE AMÉRICA.

Cuando se quedó solo, el capitán Berthaut de Monte-Haubán se dejó caer en una butaca, pasó la mano por sus cabellos, se afusó el bigote, y luego cruzando las piernas, quedóse en la apariencia profundamente pensativo hasta el momento en que Petrus, levantando el *portiere*, apareció en el umbral de la puerta que daba á su habitación.

Halló al capitán en la postura que hemos indicado.

La entrada silenciosa de Petrus no fué sin duda observada por el capitán, porque permaneció absorto en la postura de un hombre completamente abstraído.

Petrus le miró un momento, y luego tosió para llamar su atención.

El capitán se estremeció al oír aquella voz, y alzando la cabeza abrió desmesuradamente los ojos como un hombre que se despierta, y miró á Petrus sin levantarse ni moverse de la butaca.

— ¿ Deseáis hablarme, caballero?

— Es la voz, la voz de su padre, exclamó el capitán levantándose y dirigiéndose al joven.

— ¿ Habéis conocido á mi padre? dijo Petrus adelantándose hacia el capitán.

— El modo de andar, el verdadero modo de andar de su padre, exclamó por segunda vez el capitán: ¡ que si he conocido á su padre! ¡ Pardiéz! ¡ pues ya lo creo!

Luego cruzando los brazos :

— ¡ Pero, mirame ! añadió.

— Ya os miro, caballero, dijo Petrus admirado.

— ¡ Nada ! ¡ nada !... es el retrato de su padre cuando tenía su edad, continuó el capitán mirándole con cariño, ó mejor todavía, sirviéndonos de una expresión popular que redondea más y expresa mejor el pensamiento, comiéndole con la vista. Sí, sí ; y el que me diga lo contrario, le diré que miente. Te pareces á tu padre como se parecen dos gotas de agua. ¡ Abrázame, muchacho !

— ¿ Pero á quién tengo el honor de hablar ? preguntó Petrus cada vez más sorprendido del tono y los familiares modales del desconocido.

— ¿ Á quién hablas, Petrus ? abriendo los dos brazos ; ¿ y me has visto y no me has conocido ? ¡ Verdad es que la última vez que me viste no eras más alto que esto ! añadió melancólicamente, señalando con la mano la altura de un niño de cinco á seis años.

— Confieso, caballero, respondió Petrus cada vez más desconcertado, que á pesar de las nuevas indicaciones que acabáis de hacerme... no os conozco...

— ¡ Te perdono ! contestó bondadosamente el capitán ; y sin embargo, añadió dando á la voz cierto tinte de tristeza, hubiera preferido que me reconocieses, porque no se olvida tan fácilmente á un segundo padre.

— ¿ Qué queréis decir ? preguntó Petrus, mirando fijamente al marino porque creía estar ya sobre la pista.

— Quiero decir, que preciso es que los trabajos de la guerra y que el sol de los trópicos me hayan cambiado mucho, para que no hayas reconocido ya en mí á tu padrino.

— ¡ Mi padrino !

— El mismo.

— ¡ Vos !... ¿ el amigo de mi padre, Berthaut de Monte-Haubán, de quien se separó en Rochefort y á quien no ha vuelto á ver ?

— ¡ Pardiez ! sí. Ya estamos todos por acá, ¡ mil bombas ! ¡ Vaya ! abrázame Pedro, porque Pedro te llamas, puesto que al bautizarte te pusimos mi nombre.

Esta era una incontestable verdad, aunque luego después había sufrido una pequeña modificación.

— ¡ Con el alma, padrino ! respondió sonriendo Petrus. Y como el capitán le tendiera los brazos, se arrojó en ellos con efusión completamente juvenil.

Por su parte el capitán le estrechó hasta casi ahogarle.

— Pardiez, esto es otra cosa, dijo el capitán.

Y apartándole con la mano, pero sin dejarle, añadió :

— Es su padre, no hay más. Tu edad tenía por cierto cuando lo conocí. Pero, no, no, debo ser justo ; ¡ no era tan guapo como tú ! Tienes algo de tu madre, y pardiez que no te perjudica á fe mía, que tu juventud me rejuvenece, pícarillo. Vamos, siéntate y te veré más á mi gusto.

Y enjugándose con el reverso de la mano una lágrima, hizo sentar á Petrus en un canapé.

— ¡ Ah ! mira, creo que no te estorbaré, y que tendrás algunos momentos que dedicarme.

— Todo el día si así lo queréis, señor.

— ¡ Señor ! ¿ y qué quiere decir ese señor ? ¡ Ah ! al fin educado en París. Si fueras un provinciano, me llamarías tu padrino Berthaut ; pero ya se ve... eres un caballero y me llamas señor.

El capitán lanzó un gran suspiro.

— ¡ Oh ! ¡ si mi pobre amigo el capitán Herbel supiera que su hijo me llama señor, en vez de Berthaut !...

— Prometédme no decirle que os he llamado de ese modo, y os llamaré de aquí en adelante simplemente padrino.

— Sea enhorabuena. Qué quieres, es una costumbre muy antigua en mí, pero no puedo menos de tutearte. Tuteaba á tu padre que era mi capitán, con que ya ves si á un bribonzuelo como tú le llamaría de vos...

— Pero yo no os impongo de manera alguna esa obligación, dijo riendo Petrus.

— Y haces bien: además que tratándote con esa ceremonia, maldito si sabría decirte lo que te tengo que decir.

— ¿Tenéis, pues, que decirme algo?

— ¿Pues no?

— Vaya, hablad, padrino, hablad.

Pedro Berthaut miró un momento de frente á su sobrino, y luego como si hiciera un esfuerzo le dijo:

— Y bien, muchacho, ¿á mi entender estamos en las últimas?

Petrus se estremeció y contestó ruborizándose.

— ¿Cómo en las últimas? ¿Qué entendéis vos por eso.

Como no esperaba semejante pregunta, la brusquedad con que había sido hecha le cortó.

— Digo en las últimas, repitió el capitán, ó de otro modo, que los ingleses han aferrado los garfios de abordaje sobre nuestro mobiliario.

— ¡Ay! mi querido padrino, dijo Petrus recobrando su sangre fría y tratando de sonreirse: los ingleses de tierra son mucho más terribles que los ingleses de mar.

— Yo siempre había oído decir lo contrario, dijo con falsa sencillez el capitán; parece que me han engañado.

— Sin embargo, dijo Petrus con viveza, es preciso que lo sepáis todo; no tengo absoluta necesidad de vender mi mobiliario.

Pedro Berthaut movió la cabeza como dudando.

— ¡Que no! dijo Petrus.

— No, repitió el capitán.

— Sin embargo, os aseguro...

— Vaya, muchacho, me quieres hacer creer á mí, que cuando á tu edad se ha reunido esa colección de china del Japón, de cofres de Holanda, de porcelanas de Sevres, de figurines de Sajonia, me harás creer, digo, que se deshace uno de ello con buen humor y hasta con alegría.

— No digo eso, capitán, dijo Petrus que eludía el pronunciar la palabra padrino que le parecía ridícula: pero sin verme obligado por este momento, al menos me desbago de todas esas cosas.

— Lo cual quiere decir que no se os ha pasado todavía un recado de atención en papel timbrado, que no ha habido juicio todavía, que es una venta *motu proprio* para evitar ese trabajo á la justicia. Comprendo todo esto perfectamente. Mi ahijado es un hombre de bien que prefiere anticiparse á los acreedores, pero no por esto deja de ser cierto lo que dije en un principio, que estábamos en las últimas.

— Pues bien, desde ese punto de vista confieso que hay verdad en lo que decís, dijo Petrus.

— Entonces, me alegro infinito de haber llegado á tan buena hora: sin duda que me ha traído algún santo.

— ¿Por qué decís eso? preguntó Petrus.

— ¿Qué quiere decir eso de llamarme de vos? pregunto yo; ¿á quién se llama ó habla aquí de esa manera?

— Vaya, dijo Petrus, sentaos, padrino: ha sido un *lapsus lingue*.

— Bueno, ahora me hablas en árabe, que es la única lengua que no entiendo. Pardiez, háblame francés, inglés,

español, bretón y te responderé... pero no me digas eso de *lingus lapsæ*. No entiendo lo que quiere decir.

— Decía simplemente que os sentarais, padrino.

Y Petrus recalcó esta palabra.

— Convenido, pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que me has de escuchar.

— ¿Pues no?

— ¡Con gran atención?

— Religiosamente.

— Y...

— ¿Qué más?

— Que responderás á mis preguntas.

— Á todas.

— Categóricamente.

— Como más os plazca.

— ¿No habrá trampa?

— ¡Palabra!

— Pues empleo.

— Escucho.

En efecto, Petrus, á quien interesaba esta conversación, abrió ambos oídos para oír mejor.

— Vamos á ver, continuó el capitán. El bueno de tu padre no tiene un cuarto, y esto no me admira, porque cuando dejamos de vernos estaba en camino de arruinarse, y tiene un carácter á propósito para esto.

— Con efecto, su abnegación por el emperador le costó las cinco sextas partes de su fortuna.

— ¿Y la última sexta parte?

— La absorbieron casi totalmente los gastos de mi educación.

— Por manera que tú no queriendo arruinar del todo

á tu padre y deseando, sin embargo, vivir con tono, contrajiste deudas, ¿verdad?

— Por desgracia, sí.

— Echemos en todo eso algo de amor, deseo de brillar ante la mujer amada, de pasar cerca de ella en paseo montando un soberbio caballo, de ir á verla al baile conducido por un hermoso carruaje.

— Es increíble el golpe de vista que tiene Vd. á pesar de ser marino.

— No por ser marino se deja de tener un corazón, y á veces dos; y luego

siempre el hombre sufrió tales dolores  
por esas mismas causas y por esos amores.

— ¿Cómo, padrino, sabe Vd. de memoria versos de Chenier?

— ¿Por qué no? Viné á París en mi juventud; quise ver á Talma; buena ocasión, me dijeron, trabaja esta noche en una tragedia de Mr. Chenier, titulada *Carlos IX*. Vamos á ver *Carlos IX*, contesté. Durante la representación, se abofetearon unos cuantos, entró la guardia y me llevaron al cajón; al día siguiente por la mañana me dijeron que se habían engañado y me dejaron en libertad. El día posterior marché de París para no volver hasta treinta años después. Pregunté á mi regreso noticias de Mr. Talma; muerto, me respondieron; pregunté por Mr. Chenier, muerto; pregunté, en fin, por *Carlos IX*; prohibido de orden superior, me contestaron entonces. ¡Ah demonio! exclamé: pues hubiera tenido gusto en ver ese *Carlos IX*, del que sólo conozco el primer acto. Es imposible, me respondían; pero si queréis leerlo nada hay más fácil. — ¿Qué debe hacerse? volví á preguntar. — Comprarle.

Nada era más fácil: en efecto, entré en casa de un librero. Las obras de Mr. Chenier. Hélas aquí, señor. Bien, dije interiormente, leeré esto á bordo. Regrese á bordo efectivamente, abro un libro: busco y rebusco; nada, no había trage día, nada más que versos; en lugar de tragedias, idilios y madrigales á la señorita Camila. Francamente, no tengo biblioteca á bordo; leí un Chenier, lo volví á leer, y hé ahí cómo he podido hacer esa cita: sólo que me chasquearon, había comprado á Chenier para leer *Carlos IX* y *Carlos IX* no era de Chenier según parece. ¡ Oh! ¡ malditos libreros!

— Pobre padrino, dijo Petrus riéndose, no es culpa de los libreros.

— ¿Cómo que no es culpa de los libreros? no vayas tú ahora á defender á esos filibusteros.

— No, es culpa vuestra.

— ¿ Culpa mía?

— Sí.

— Explicame eso.

— La tragedia *Carlos IX* es de Marie Joseph Chenier el senador.

— Bien.

— Y el libro que Vd. ha comprado es de Andrés Chenier el poeta.

— ¡ Ah! ¡ ah! ¡ ah! ¡ ah! dijo el capitán acentuando esta exclamación en cuatro tonos distintos.

Entonces todo se explica, dijo Pedro Berthaut, mas no por eso dejan los libreros de ser filibusteros.

Viendo Petrus que su padrino no parecía dispuesto á abandonar su opinión sobre los libreros, y no teniendo ningún motivo para defender á aquella digna corporación, resolvió no contradecirle más y esperó á que Pedro Ber-

thaut continuase en el punto en que la había dejado una conversación que por todas razones le parecía interesante.

— Decíamos, pues, continuó en efecto el marino, que tenías deudas: porque en eso estábamos, ¿ verdad, ahijado Petrus?

— Efectivamente, estábamos en eso, dijo el joven.

Siguióse un instante de silencio, durante el cual Pedro Berthaut fijó en su ahijado una mirada que parecía querer indagar hasta lo más recóndito de su alma.

— ¿ Y á cuánto suben tus deudas aproximadamente?

— ¿ Aproximadamente? replicó Petrus sonriendo.

— Sí: las deudas, buen mozo, son como los vicios, dijo el capitán; jamás se sabe su número exacto.

— Yo sé, sin embargo, la suma exacta de mis deudas.

— ¿ Tú?

— Sí, yo.

— Y bien, eso prueba que eres hombre de método, ahijado; sepamos esa suma.

Y Pedro Berthaut se recostó en su butaca guiñando los ojos y girando los pulgares el uno alrededor del otro.

— Mis deudas suben á treinta y tres mil francos, dijo Petrus.

— ¡ Á treinta y tres mil francos! gritó el capitán.

— ¡ Ah! ¡ ah! exclamó Petrus, que comenzaba á divertirse con las originalidades de su segundo padre como á sí mismo se había llamado el marino: encontráis la suma exorbitante, ¿ verdad?

— ¡ Exorbitante! Querrás decir que no comprendo cómo no has muerto de hambre, pobre mozo; ¡ unos treinta y tres mil francos! si á tu edad hubiera yo vivido en tu tierra, habría debido diez veces esa suma, y hubiera

sido aún muy poco en comparación de lo que debía César.

— No somos César ni uno ni otro, querido padrino, replicó Petrus que comenzaba á admirarse de la erudición de su tío; de suerte que me permitiréis salvar esa cantidad exorbitante como antes os decía.

— Es exorbitante cuando se tiene cien mil francos en cada pelo del cepillo; porque acabo de ver tus cuadros, y debo entenderlo algo yo que he visto los flamencos, los italianos y los españoles; pues bien, tus pinturas son puras y simplemente pinturas de la alta escuela.

— No tanto, padrino, no tanto, respondió Petrus modestamente.

— Es gran pintura, te digo. Ahora bien, cuando se tiene el honor de ser un gran pintor no se pinta por menos de treinta y tres mil francos de deudas cada año; es una cantidad fija; el talento, ¡ qué diantre! representa por lo menos un capital de un millón y con la reducción de Mr. Villele treinta y tres mil francos á tres por ciento hacen justamente la renta de un millón.

— Pero oiga Vd., padrino, ¿ sabe Vd. una cosa? preguntó Petrus.

— ¿Cuál ahijado?

— Que tiene Vd. talento.

— ¡ Psch! balbuceó Berthaut.

— No estéis descontento de él; conozco gentes muy estimables que estarían con él muy satisfechas.

— ¿ Hombres de letras? indicó el marino.

— ¿ Todavía estamos en eso?

— No; punto concluido: volvamos á tus deudas.

— ¿ Estáis, pues, decidido á no dejarlas?

— Sí, porque quiero hacerte una proposición.

— ¿ Relativa á mis deudas?

— Relativa á tus deudas.

— Veamos la proposición; sois un hombre tan singular, que de vos no me sorprenderá nada.

— Pues bien; hé aquí mi proposición: te ofrezco convertirme al instante en tu único acreedor.

— ¿ Cómo?

— Debes treinta y tres mil francos, y para pagarlos es para lo que vendes tus cuadros, tus muebles y tus objetos raros. ¿ verdad?

— Sí, por desgracia; tan cierto es como el Evangelio.

— Pues bien: pago treinta y tres mil francos y conservas tus cuadros, tus muebles y tus preciosidades.

Petrus miró seriamente al marino.

— ¿ Qué quiere Vd. decir, caballero? le preguntó.

— Bien, parece que he cogido un sobrino á contrapelo, dijo Pedro Berthaut; dispensadme, señor vizconde de Courtenay, creía hablar al hijo de mi antiguo amigo Herbel.

— Pues, sí, sí, dijo Petrus vivamente; sí, padrino querido: habláis al hijo de vuestro amigo Herbel, y él es quien os responde que no es toda la cuestión aceptar un préstamo de treinta y tres mil francos, aunque se haga por un padrino; es necesario saber cuándo se le podrá devolver.

— ¿ Cómo me los devolverás, ahijado? Pues es bien obvio; me harás un cuadro de este género, y enseñaba á Petrus el combate de *la Bella Teresa* y *la Calipso*: me harás un cuadro de treinta y tres pies de largo sobre trece y medio de alto; me colocarás á mí en el puente, en el momento en que decía á tu padre: « Herbel, seré padrino de tu primogénito, » y quedamos pagados.

— ¿ Pero dónde ha de meter Vd. un cuadro de treinta y tres pies de largo ?

— En un salón.

— No hallará Vd. nunca una casa cuyo salón tenga treinta y tres pies de largo.

— Haré que me edifiquen una á propósito.

— Entonces es Vd. millonario, padrino.

— Si no fuera más que millonario, hijo mío, dijo Pedro Berthaut con desdeñoso tono, compraría títulos del tres, me haría una renta de cuarenta á cincuenta mil libras y vegetaría.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ oh ! exclamó Petrus.

— Amigo mío, le dijo el capitán, déjame contarte mi historia en dos palabras.

— Decid.

— En la época en que me separé de tu padre en Rochefort, me dije á mi mismo : veamos, Berthaut ; ya nada te queda que hacer en Francia con la honrosa profesión de pirata ; dediquémonos pues al comercio ; y en consecuencia de esto, hice lastre con mis cañones y me puse á vender madera de ébano.

— ¿ Es decir, que hizo Vd. el tráfico de negros ?

— ¿ Se llama eso hacer el tráfico de negros ? preguntó cándidamente el capitán.

— Creo que sí, respondió Petrus.

— Este comercillo me dió con qué vivir tres ó cuatro años y además me puso en relación con la América del Sur ; de manera que cuando estalló la insurrección, desesperado de la fortuna de España, nación decrepita, entré al servicio de Bolívar, en el que había descubierto un grande hombre.

— Entonces, querido padrino, dijo Petrus, es Vd. uno

de los libertadores de Venezuela y de Nueva Granada, uno de los fundadores de la Colombia.

— De ello me precio, ahijado, sólo que como se proclamó la abolición de la esclavitud, resolví hacer fortuna de otro modo ; había creído notar en los alrededores de Quito un terreno adornado de pepitas de oro ; estudié aquel paraje escrupulosamente, reconocí una mina y pedí la concesión : en virtud de mis servicios á la república se me otorgó dicha concesión ; al cabo de seis años de explotación había realizado la módica suma de cuatro millones de francos y cedi la explotación por cien mil piastras anuales ó sea quinientas mil libras de renta.

Hecha esta cesión, volví á Francia, donde me proponía crearme un establecimiento confortable con mis cuatro millones y vivir con mis quinientas libras de renta : ¿ apruebas el proyecto, ahijado ?

— Perfectamente.

— Ahora bien, como no tengo hijos ni parientes remotos que yo conozca ni familia alguna, no me casaré nunca : ¿ qué quieres, pues, que haga de mi fortuna si tú, á quien de derecho corresponde...

— ¡ Capitán !

— ¿ Todavía gritas... si tú á quien de derecho pertenece, empiezas por no admitir treinta y tres mil francos que te ofrezco ?

— Espero, padrino, que comprenderá Vd. mi repugnancia.

— No, á fe ; confieso que no la entiendo, soy célibe y desmesuradamente rico ; soy tu segundo padre, te ofrezco una bagatela y la rehusas... ¿ Sabes, muchacho, que por la primera vez que nos vemos me injurias gravemente ?

— Pues no es esa mi intención.

— Sea ó no sea esa tu intención, dijo el capitán, no por eso has dejado de darme un disgusto y de herirme en el fondo del alma.

— Perdonadme, querido padrino, dijo Petrus alarmado; pero tanto me ha sorprendido este ofrecimiento, que no he sido dueño de mí mismo cuando os oí hacérmelo y que no lo he recibido tal vez con toda la gratitud que os debo; en este caso os pido mil perdones.

— ¿Y aceptas?

— No digo eso.

— Si no aceptas, ¿sabes lo que voy á hacer?

— No.

— Pues bien, voy á decírtelo.

Petrus esperó.

El capitán sacó del bolsillo de la solapa de su frac una cartera.

Esta cartera estaba rellena de billetes de banco.

— Tomo treinta billetes de banco de esta cartera en que hay doscientos, los lio y aprieto hasta hacer una bola y los tiro por la ventana.

— ¿Y para qué? preguntó Petrus.

— Para darte á entender el caso que hago de estos papeles.

Y el capitán se puso á enrollar como una bola treinta billetes de banco, como si sólo se tratara de papel Joseph.

Después de lo cual se levantó para ir á la ventana con la mayor serenidad del mundo.

Petrus le detuvo.

— Veamos, le dijo, no hagamos locuras y transijamos.

— Treinta y tres mil francos ó la muerte, dijo el capitán.

— Treinta y tres mil francos no, puesto que no tengo necesidad de treinta y tres mil francos...

— Treinta y tres mil francos, ó...

— ¡ Eh ! ¡ voto á bríos ! escuchadme también á vuestra vez, ó voy á jurar como un marinero, y á probaros también que soy hijo de corsario, ¡ cuerpo de !...

— El niño ha dicho papá, gritó Pedro Berthaut ; Dios es grande. Oigamos ahora sus proposiciones.

— Si, escuchad. Me hallo apurado porque lo habéis dicho vos, querido padrino ; hago gastos inmensos.

— La juventud tiene que ser juventud.

— Pero no me encontraría apurado, ni aun con esos locos gastos, si no hubiera sido además y coetáneamente un holgazán.

— No siempre se puede trabajar.

— Mas ahora estoy resuelto á volver á mis tareas.

— ¿ Y los amores ?

Petrus se ruborizó.

— Los amores y el trabajo pueden caminar juntos ; estoy, pues, bien decidido á trabajar.

— Sea, trabajemos ; pero á los ingleses, ó á los acreedores será necesario regarles (como se dice en términos de jardinería) mientras se saca partido de vuestros pinceles.

— Precisamente.

— Pues bien, dijo el capitán presentando su cartera á Petrus ; ahí tienes la regadera, no te violento la mano, toma lo que quieras.

— Así me gusta, dijo Petrus, se va Vd. haciendo más razonable y veo que vamos á entendernos.

Petrus tomó diez mil francos, y volvió la cartera á Pedro Berthaut que le miraba con el rabo del ojo.

— ¡ Diez mil francos ! dijo pasmado el capitán ; cual-



quier comerciante en pieles de conejo te hubiera prestado eso al seis por ciento ; y á propósito, ¿ por qué no me hablas también de los intereses ?

— Querido padrino, porque temería ofender á Vd.

— Nada de eso, y voy á pedirte unos intereses.

— Veamos.

— Llegué ayer á París con intención de comprar una casa, y amueblarla lo mejor posible.

— Bien.

— Pero hasta que encuentre lo que me conviene siempre correrán ocho días.

— Lo menos.

— Antes que aquella casa esté amueblada puede contarse con que pasará otra semana.

— Pongamos quince días, que no sobraré.

— Bueno, pongamos quince, no quiero contrariarte ; resultan, pues, tres semanas.

— Veintidós días.

— ¡ Oh ! no vayas á exigirme exactitud por veinte cuatro horas más ó menos... entonces retiro mi proposición.

— ¿ Qué proposición ?

— La que iba á hacerte.

— ¿ Y por qué la retirás ?

— Porque veo que con un carácter tan escrupuloso como el tuyo y con otro tan testarudo como el mio, no podríamos vivir juntos.

— ¿ Pensaba Vd., pues, vivir conmigo ? preguntó Petrus.

— Á fe mia confieso, que viviendo solamente desde ayer en el hotel del Havre, estoy ya harto de él hasta los ojos.

— Pensaba, pues, decirte : Petrus, mi querido ahijado ; ¿ tienes una habitación, un gabinete, una buhardilla, un paraje cualquiera donde se pueda colgar una hamaca ?

¿ tienes una cosa por el estilo para el pobre capitán Berthaut de Monte-Haubán ?

— ¡ Cómo ! exclamó Petrus satisfecho de poder á su vez hacer algo por un hombre que con tanta sencillez había puesto á su disposición una fortuna, ¡ que si tengo una cosa así, ya lo creo que tengo !

— Sí, respondió el capitán ; pero ya me comprendes, si por cualquier concepto te fuese desagradable lo que propongo, si te estorbase en lo más mínimo... deberías decirlo... ¿ eh ?

— ¡ Cómo diablos puede Vd. suponer semejante cosa !

— Es que, mira, conmigo todo es *si ó no* ; la franqueza en los labios y el corazón en la mano.

— Pues bien, con el corazón en la mano y la franqueza en los labios os digo, caro padrino, que nada podía ser más agradable para mi que vuestra proposición, sólo que...

— ¿ Sólo, qué ?

— Que los días en que reciba modelos, los días en que tenga sesión...

— Comprendido, comprendido : libertad, libertad.

— ¡ Ah ! ahora es Vd. el que habla árabe.

— ¿ Hablo árabe ? Pues es sin saberlo como Mr. Jourdain escribía prosa.

— Bien, ahora una cita de Moliere : padrino, tenéis á veces golpes de erudición que me asustan ; temo que le hayan á Vd. cambiado totalmente en Colombia ; pero volvamos á nuestro deseo.

— Sí, á mi deseo, á mi vehemente deseo. No estoy acostumbrado á la soledad ; siempre he tenido á mi alrededor una docena de individuos que vivían bien y ayudaban á vivir mejor ; y me gustaría poco quedarme á la sombra en vuestro hotel del Havre. Tengo afición á la sociedad y sobre

todo á la de la juventud ; tú recibirás aquí probablemente artistas y sabios : yo amo á los sabios y á los artistas ; á los primeros porque no les entiendo y á los segundos porque sí les entiendo. Mira, ahijado, el marino que no es completamente imbécil, sabe algo de todo. Ha estudiado astronomía con la osa mayor y la estrella polar ; música con el silbido del viento en las jarcias ; pintura con las puestas del sol en el Océano. Pues bien : hablaremos de astronomía, de música y de pintura, y verás que en ninguna de estas materias soy más bárbaro que los que de ellas sacan su profesión. No temas, aparte de algún término de marina, no tendrás en mis conversaciones por qué avergonzarte de mí : por lo demás, cuando me arriesgue y me lance, demasiado convendremos en que arboles un determinado pabellón y pondré la lengua á la capa.

— ¿ Qué está Vd. diciendo ahí ?

— La verdad pura : veamos, por última vez, ¿ te conviene mi plan ?

— ¡ Que sí me conviene ! acepto con la mayor satisfacción.

— Entonces bravo ; héteme aquí el más feliz de los hombres ; pero ya sabes, cuando quieras estar solo, cuando vengan los buenos modelos y señoras, viro de bordo.

— Convenido.

— Bueno.

El capitán sacó su reloj.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! las seis y media, dijo.

— Sí, dijo Petrus.

— ¿ Dónde comes tú ordinariamente, joven ?

— En todas partes un poco.

— Tienes razón, no se debe enmohecer en ninguna parte. ¿ Se come todavía bien en el Palais-Royal ?

— Como se puede comer en la fonda, ya sabéis.

— Vefour, Very, les Frères Provençaux, ¿ todo existe aún ?

— Y mejor que nunca.

— Vamos á comer allá.

— ¿ Entonces me convidáis á comer ?

— Te doy de comer hoy ; tú me darás mañana y estaremos en paz, señor susceptible.

— Dejadme, pues, cambiar de levita y de guantes.

— Cambia, joven, cambia.

Petrus se adelantó hacia su habitación.

— Á propósito.

Petrus se volvió.

— Me darás las señas de tu sastre, quiero vestirme al gusto del día.

Después mirando por la rendija de la puerta de su habitación, que Petrus había dejado entreabierta, exclamó el capitán : ¡ ah ! ya no se llevan los sombreros á lo Bolívar.

— No, se llevan á lo Murillo.

— No importa, conservaré el mío en recuerdo del grande hombre á quien debo mi fortuna.

— Prueba de buen corazón, de talento y de fortaleza de cráneo, padrino.

— Te estás burlando de mí.

— Ni por asomo.

— Sigue, sigue, sigue sin cuidado ; tengo yo buenas espaldas y podré llevar más de lo que tú pongas : pero veamos, ¿ dónde me alojas ?

— Debajo de mí, si queréis ; tengo ahí unas habitaciones de hombre que creo os satisfarán completamente.

— Conserva tus habitaciones de soltero para la primera

querida que te las pida : yo no necesito más que un cuarto, y como haya en ese cuarto una mesa, algunas sillas...

— Empiezo por deciros, mi querido padrino, que no tengo ninguna querida que alojar y que de nada me priváis al aceptar unas habitaciones que no uso, y que están destinadas á servir de retiro á Juan Robert los días en que se estrenan dramas suyos.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! Juan Robert, un poeta que está de moda, sí, sí, conozco, conozco.

— Cómo, ¿ conocéis á Juan Robert ?

— He visto representar su drama traducido al español en Río Janeiro. ¡ Que si le conozco ! pero qué piensas, caro ahijado, lobo marino como soy, has de saber que conozco infinitas gentes y cosas con este aire tosco de marino del Danubio y que más de una vez te asombraré. Así, queda resuelto que las habitaciones del entresuelo...

— Son vuestras.

— ¿ Lo cual no te molesta en nada ?

— En nada.

— Sea, pues, la habitación de abajo.

— ¿ Y cuándo queréis tomar posesión ?

— Mañana, esta noche...

— ¿ Queréis dormir ahí esta noche ?

— Si no te molesta mucho.

— Bravo, padrino, dijo Petrus tirando del cordón de la campanilla.

— ¿ Qué haces ?

— Llamo á mi criado para que os prepare una habitación.

El criado entró y Petrus le dió las órdenes necesarias.

— ¿ Dónde debe ir Juan á recoger vuestros equipajes ? preguntó Petrus al capitán.

— De eso me encargo yo, dijo el marino.

Después á media voz añadió, mirando á Petrus significativamente :

— Tengo que despedirme de mis compañeros de fonda.

— Padrino, dijo Petrus, sabéis que en vuestra nueva casa podéis recibir á quien gustéis ; esto no es un convento.

— Gracias.

Y luego á su vez añadió Petrus por lo bajo :

— Parece que no habéis perdido el tiempo completamente en París.

— No te había hallado aún, querido niño, y era preciso crearse una familia.

— El criado volvió á presentarse.

— La habitación está dispuesta, les anunció : no falta más que poner sábanas en la cama.

— Admirablemente ; pues si así es, que pongan el carruaje.

Después, dijo Petrus dirigiéndose al capitán :

— ¿ Al pasar delante de las puertas de vuestra habitación, queréis que la veamos ?

— ¡ Pues no he de querer !

Petrus pasó el primero para enseñar el camino á su huésped, y abriendo la puerta del entresuelo le hizo entrar en unas habitaciones que era más bien un nido de querida que el alojamiento de un poeta ó de un estudiante.

El capitán pareció quedar extasiado ante las curiosidades que esmaltaban aquellos cuartos.

— ¡ Pero chico, lo que me ofreces es la habitación de un real !

— Bien, dijo Petrus, y ¿ qué es la habitación de un príncipe real para un nabab como vos ?

Á los diez minutos invertidos por el capitán en su éxtasis continuo, vino el criado á anunciar que el caballo estaba enganchado.

El padrino y el ahijado bajaron cogidos del brazo, y al llegar al cuarto del conserje detúvose el capitán.

— Llégate acá, Lascar, dijo al portero.

— ¿ En qué puedo servirlos? caballero, preguntó aquél.

— Hazme el obsequio de arrancar todos los anuncios de la venta del domingo, y á los aficionados que vengan mañana...

— ¿ Qué! preguntó el conserje.

— Les dirás que mi sobrino conserva sus muebles. Adelante.

Y saltando en la berlina que estuvo á punto de hundirse con aquel peso:

— Á la fonda de Frères-Provençaux, gritó el capitán.

Petrus subió después que el capitán y la berlina rompió con velocidad.

— Por el casco de la *Calipso* que agujereamos tu padre y yo como si hubiera sido una espumadera, tienes ahí un bonito caballo, Petrus, dijo el capitán, y habría sido gran lástima venderlo.

### CAPÍTULO XIII.

DONDE EL CAPITÁN BERTHAUT MONTE-HAUBÁN ADQUIERE  
PROPORCIONES FANTÁSTICAS.

Instaláronse padrino y ahijado en uno de los gabinetes de los Frères-Provençaux, y á petición del capitán Monte-

Haubán que pretendía no entender el negocio, fué Petrus el que ordenó la comida.

— Cuanto haya de mejor en el establecimiento, muchacho, ¿ oyes? dijo el capitán á Petrus; tú debes estar familiarizado con las cenas escogidas, con los mejores manjares y los vinos más generosos. He oído hablar de cierto vino de Siracusa que en otro tiempo se bebía aquí; cerciórate de si ese vino existe aún, estoy hastiado del Madera; tardé cinco años en beberme todo un cargamento de él y llegó á disgustarme.

Petrus pidió vino de Siracusa.

No presentaremos ahora la lista de la comida que Petrus pidió bajo las apremiantes instancias de su padrino. Fué un verdadero festin de nabab, y el capitán confesó á los postes que no había comido muy mal.

Petrus le miró con asombro porque en toda su vida ni aun en casa del general, que lo entendía, había comido de tan fastuoso y opulento modo. Por lo demás no era aquel el primer asombro que á Petrus causaba el capitán; habiale visto echar un duro al pilluelo que les abriera la portezuela del coche cuando llegaron al Palais-Royal. Al pasar delante del Teatro francés le había visto alquillar un palco, y anunciándole Petrus que la función era bastante mala: — Pues bien, le respondió el capitán, quedamos en libertad de ir ó no ir, pero me gusta tener un sitio seguro para dormir después de las comidas. En fin, le había visto después de ordenar la comida, dar un luis de oro al mozo que le servía, para que el vino de Burdeos estuviese tibio y el de Champagne helado y para que el servicio siguiese sin interrupciones.

En una palabra, desde que el marino había dirigido la palabra á Petrus, caminaba éste de sorpresa en sorpresa y

de asombros en pasmos. El capitán Monte-Haubán tomaba las proporciones del antiguo Plutus: el oro le salía de la boca, de los ojos, de las manos, como los rayos parten del sol; parecía que no necesitaba hacer más que sacudir su traje para que de él brotasen monedas de oro; era, en fin, el verdadero, el clásico nabab.

Así es que Petrus, al concluir la comida, con la cabeza algo excitada por los distintos vinos que bebiera á instancia de su padrino, el que ordinariamente no bebía más que agua, Petrus creyó estar soñando, y tuvo necesidad de preguntar á su padrino si todos los acontecimientos que se sucedían desde cinco horas antes eran ó no eran las peripecias de un drama fantástico del teatro del Circo ó del de la Porte-Saint-Martin.

Y transportado por lo que iba viendo en aquel país erizado de quimeras, Petrus se cayó en un dulce delirio, en el cual permitió gustoso que cayera su padrino que le miraba con el rabo del ojo.

El cielo negro, bajo el cual erraba hacia algunos días, se iluminaba poco á poco y concluyó por presentarse de repente con el brillo más completo y deslumbrador, gracias á la brillante imaginación del pintor. Aquella vida lujosa que le parecía la condición indispensable de sus amores de príncipe, le enviaba sus más dulces perfumes y sus más acariciadores soplos. ¿Qué le iba á faltar en adelante? ¿No tenía ya en efecto como la corona cerrada de los Delfines de Francia el cuádruple florón de juventud, talento, riqueza y amor?

Realmente había de qué asombrarse; tan bajo la vispera y tocar repentinamente á las más altas cimas, tal era, sin embargo, la verdad y se hacía forzoso habituarse á la dicha, por rara y poco probable que fuese.

Pero Petrus, exclamarán ciertas susceptibilidades delicadas, ¿iba ya á dejar que su dicha, su genio, su fortuna, dependiesen en lo sucesivo del capricho de un desconocido? ¿iba, pues, á recibir la limosna de la riqueza presentada por una mano extranjera? No es así, señor poeta, como nos habías presentado á su juvenil amigo.

Por Dios, señores puritanos, tranquilizaos; os he presentado un corazón joven en un temperamento de veintiséis años; os he presentado un hombre de genio con pasiones ardientes; os he dicho que se parecía á Van-Dyck, joven; recordad los amores de Van-Dyck en Génova; recordad á Van-Dyck buscando la piedra filosofal en Londres.

Antes de aceptar la intervención del marino en su vida, Petrus se había hecho todas las objeciones que ahora me hacéis vos; pero se había contestado que aquel hombre no era un extranjero, que su mano no era una mano desconocida; aquel hombre era el amigo de su padre y aquella mano era la que al verter sobre su frente el agua del bautismo, adquiriera el compromiso de velar por su dicha en este mundo y en el otro.

Por otra parte, la ayuda que le ofrecía el capitán era sólo momentánea. Petrus aceptaba, pero con la condición de devolver. Ya lo hemos dicho, sus cuadros habían adquirido gran valor por su mismo descanso: Petrus podía trabajando regularmente ganar cincuenta mil francos al año. Con esta suma podría devolver pronto á su padrino los diez mil francos que éste le había prestado, y á sus acreedores los veinticinco mil francos que probablemente les debería.

Luego supongamos por un instante que este padrino inesperado, pero cuya existencia ya se conocía, hubiese

muerto en Calcuta, en Valparaiso, en Bogotá ó en las islas Sandwich.

Suponed que al morir hubiese dejado á Petrus toda su fortuna. ¿Hubiera debido Petrus rechazarla?

En tales circunstancias, lector, por severo que seáis, ¿rehusaríais cuatro millones de capital y quinientas mil libras de renta que os dejara un padrino, por extranjero é inesperado que fuese? ¿No las aceptaríais?

Pues bien, aceptando cuatro millones de capital y quinientas mil libras de renta, de un padrino muerto, ¿por qué no aceptar veinte, treinta, cincuenta mil francos de un padrino vivo?

Me diréis que el capitán Monte-Haubán no era un dios. Sí el oro no es un dios, los dioses en cambio son de oro. Después agregad á todo eso una pasión; es decir, una locura, lo que más consume el corazón y lo que más turba la inteligencia.

Así fué el porvenir que soñó Petrus durante aquellos minutos de silencio; así fueron los horizontes dorados que se desarrollaron ante sus ojos mientras se mecía dulcemente sobre las azules nubes de la esperanza.

El capitán concluyó por sacarle de su sueño.

— ¿Y bien? le preguntó.

Petrus se estremeció, hizo un esfuerzo y cayó nuevamente del cielo á la tierra.

— Estoy á vuestras órdenes, padrino, contestó.

— ¿Hasta para ir al Teatro francés?

— Para ir donde queráis.

— Tu abnegación es tan grande que merece ser recompensada. No, no iremos al Teatro francés. Los versos trágicos después de beber y aun antes de beber no podrían ser del todo interesantes: voy á buscar mi valija, á dar

gracias á mi hospitalaria señora, y dentro de una hora estoy en tu casa.

— ¿Os he de acompañar?

— No, te devuelvo tu libertad; vete á tus asuntos si tienes asuntos nocturnos, y debes tenerlos, amigo mío, porque con una fisonomía como la tuya, todas las mujeres deben estar locas por tí.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó Petrus, me ve Vd. como verdadero padrino, es decir, como segundo padre.

— Y apostemos, continuó el capitán con su risa medio vulgar y medio delicada, á que te gustan tc las; ó dejarías de ser hijo de tu padre. ¿No hubo un emperador romano que deseaba que todos los hombres tuviesen una sola cabeza para decapitar al universo de un solo golpe?

— Sí; Caligula.

— Pues bien, tu padre, deseando todo lo contrario que ese bandido que pedía el fin del mundo, hubiera querido tener cien bocas para besar á cien mujeres de una vez.

— Yo no soy tan glotón como mi padre, dijo Petrus riendo; á mí me basta una boca.

— ¡Entonces estamos enamorados!

— ¡Ay! sí, dijo Petrus.

— Bravo, te hubiese desheredado si no hubieses estado enamorado. ¿Y nos corresponden, se supone?

— Sí, oh sí, soy muy querido y de ello doy gracias al cielo.

— Todo está en el mejor punto; ¿y... hermosa?

— Bella, como un ángel.

— Pues entonces, muchacho, llego como marea en cuaresma. ¿Era la dote lo que impedía tu matrimonio? Yo traigo una y hasta dos si las necesitas.

— Cien millones de gracias, padrino; está casada.

— ¡Cómo, desgraciado! ¿amas á una casada, ¿pues y la moralidad?

— Querido padrino, circunstancias especiales hace que aunque esté casada pueda yo amarla sin que la moralidad resulte ofendida en lo más mínimo.

— Bueno, bueno, ya me contarás esa novela... ¿no? pues no hablemos más del asunto, guarda tus secretos; ya me lo contarás cuando nos conozcamos más y quizás no pierdas tu tiempo; yo soy un hombre de recursos, créelo. Nosotros, viejos lobos marinos, tenemos ocios de sobra para estudiar todas las tretas de la guerra y podrá serte útil en alguna ocasión; mas por ahora, no se hable más del asunto. Más fácil y cómodo es callar del todo, que no decir demasiado cuando se ha principiado ya, como dice la *Imitación de Jesucristo*, libro I, capítulo xx.

Esta cita estuvo á punto de tirar boca arriba á Petrus que acababa de levantarse. Era decididamente un pozo de ciencia aquel padrino, y si el famoso pozo de que hablo hubiera hablado realmente, no se habría permitido de seguro hablar mejor que el capitán Berthaut de Monte-Haubán.

Hablaba éste de todo, lo sabía todo como el solitario: astronomía y gastronomía, pintura y medicina, filosofía y literatura; tenía conocimientos universales, y fácil era conocer que ocultaba aún mucho más que decía.

Petrus pasó una de sus manos por la frente para limpiar el sudor que empezaba á brotar, y la otra mano por sobre los ojos para distinguir mejor, si tal era posible en aquella singular aventura.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó el marino sacando un inmenso cronómetro. Son ya las diez; es tiempo de aparejar, hijo mío.

Los dos gastrónomos cogieron sus sombreros y bajaron.

La cuenta subía á ciento sesenta francos; el capitán dió doscientos y dejó los otros treinta para el mozo.

Esperaba á la puerta el coche de Petrus. Petrus instó al capitán para que subiera; pero éste no aceptó diciendo que había mandado al mozo á buscar otro carruaje, pues no quería privar á Petrus del suyo.

En vano Petrus insistió, el capitán fué inexorable y el coche se presentó.

— Hasta luego, muchacho, dijo Pedro Berthaut saltando al carruaje que le había traído el muchacho; pero no te molestes por retirarte pronto; si hoy no te digo « buenas noches » mañana te diré « buenos días. » Cochero, Calzada de Antin, fonda del Havre.

— Hasta la noche, respondió Petrus haciendo con la mano un saludo al capitán.

Después acercándose al oído de su cochero:

— Adonde sabéis, le dijo.

Y los dos coches marcharon en opuesto sentido; el del capitán, siguiendo la orilla derecha del Sena; el de Petrus, pasando este río por el puente de las Tullerías y siguiendo la orilla izquierda hasta el baluarte de los Inválidos.

El menos perspicaz de mis lectores se habrá imaginado indudablemente que allí era en efecto adonde iba.

El coche se detuvo en el ángulo del baluarte y de la calle de Sèvres, que es según se sabe paralela á la calle Plumet.

Una vez allí Petrus, abrió él mismo su berlina y saltó en tierra ligeramente; después dejando al cochero el cuidado de cerrar la portezuela, empezó su paseo habitual bajo las ventanas de Regina.

Todas las persianas estaban cerradas, excepto las dos de la alcoba; tal era la costumbre de Regina, dejar sus persianas abiertas á fin de que los primeros rayos del sol entrasen á despertarla: las dobles cortinas estaban caídas, pero la lámpara colgada en la roseta del techo, iluminaba la tela de tal suerte, que pudo ver pasar y volver la figura de la joven, como se ven sobre las telas blancas los personajes de las linternas mágicas.

Con la frente inclinada paseaba ella lentamente la habitación, llevando el codo derecho cogido con la mano izquierda y apoyada su graciosa barba en la palma de la mano derecha.

Era aquella la más deliciosa expresión de un sueño vago.  
¿ Con qué soñaría? Cosa es bien fácil de adivinar.

Con el amor que profesaba á Petrus. Con el amor que Petrus la profesaba.

¿ Con qué ha de soñar una niña cuando ese ángel intercesor que ella llama su amante extiende sobre ella sus brazos protectores?

Y él, ¿ qué venía á decir á la joven distraída que no sabía su proximidad?

Venía á contarla todos sus sueños de aquella noche, á referirla su alegría, á comunicarla sus pensamientos, ya que no en palabras, su buena nueva, habituado como estaba, no viviendo más que en ella y para ella; á participarla cuanto le sucedía alegre ó triste, ventura ó desgracia.

Paseó cerca de una hora, y sólo se retiró cuando vió apagada la lámpara de Regina.

Después, cuando todo quedó obscuro, le envió con ambas manos los mejores sueños y volvió á la calle del Oeste con el alma llena de las más dulces emociones.

Al entrar en casa halló ya al capitán completamente instalado en sus habitaciones

## CAPÍTULO XIV.

### LOS SUEÑOS DE PETRUS.

Tuvo Petrus, al volver á su hogar, la curiosidad de ver cómo su huésped se hallaba acomodado.

Tocó suavemente á la puerta, no queriendo despertar á su padrino si por casualidad dormía ya, pero sin duda aun no lo hacía, porque apenas sonaron en la puerta los tres acompasados golpes de costumbre, cuando gritó una voz poderosa y varonil: adelante.

El capitán estaba ya en la cama, cubierta la frente con un pañuelo que después de tapar la cabeza pasaba por debajo del cuello; esta precaución tenía sin duda por objeto imprimir al cabello y á la barba los pliegues que debían conservar durante el día.

Tenía en la mano un libro cogido en la biblioteca y que parecía hacer sus delicias.

Petrus echó una mirada sobre aquel tomo para formar una idea de los gustos literarios de su padrino y para darse cuenta á sí mismo de un problema que se le había ocurrido; saber si su tío opinaba por la escuela antigua ó por la moderna.

El libro que leía Pedro Berthaut eran las fábulas de La Fontaine.

— ¡ Ah! dijo Petrus, ¿ ya acostado, carísimo padrino?